La siesta del martes

Gabriel García Márquez

En: Los funerales de la mamá grande
México, Universidad Veracruzana, 1962

TEXTO DEL CUENTO

PREPARACIÓN DEL CUENTO

- **Introducción**
- ***Primeras impresiones del coordinador sobre el cuento***
- **Aplicación del método: las cuatro categorías**
  - **Poética**
  - **Contrastes**
  - **Sombras**
  - **Temas**
- ***Notas del coordinador***

LA SESIÓN: EL ENCUENTRO CON LOS PARTICIPANTES

- **Presentación del cuento al grupo**
  - **Lectura en voz alta**
  - **Algunas observaciones sobre el autor, país, etc.**
  - **Vocabulario**
- **Alternativas para la discusión**
  - **Ejemplos de preguntas sobre el texto**
- ***Notas del coordinador después de la sesión***

SUGERENCIAS PARA FUTURAS LECTURAS

Gabriel García Márquez

Los Funerales de la Mamá Grande

Ficción
Universidad Veracruzana
Xalapa México
1962

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rector:
Fernando Salmerón

Secretario General:
Víctor M. Hernández Flores

Derechos reservados © conforme a la ley por:
Universidad Veracruzana, calle de Juárez Nº 23,
Xalapa, Ver., México, 1962.

El tren salió del trepidante corredor de rocas bermejas, penetró en las plantaciones de banano, simétricas e interminables, y el aire se hizo húmedo y no se volvió a sentir la brisa del mar. Una humareda sofocante entró por la ventanilla del vagón. En el estrecho camino paralelo a la vía férrea había carretas de bueyes cargadas de racimos verdes. Al otro lado del camino, en intempestivos espacios sin sembrar, había oficinas con ventiladores eléctricos, campamentos de ladrillos rojos y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas, entre palmeras y rosales polvorientos. Eran las once de la mañana y aún no había empezado el calor.

—Es mejor que subas el vidrio, dijo la mujer. —El pelo se te va a llenar de carbón.

La niña trató de hacerlo pero la persiana estaba bloqueada por óxido.

Eran los únicos pasajeros en el escueto vagón de tercera clase. Como el humo de la locomotora siguió entrando por la ventanilla, la niña abandonó el puesto y puso en su lugar los únicos objetos que llevaban: una bolsa de material plástico con cosas de comer y un ramo de flores envuelto en papel de periódicos. Se sentó en el asiento opuesto, alejada de la ventanilla, de frente a su madre. Ambas guardaban un luto riguroso y pobre.

La niña tenía doce años y era la primera vez que viajaba. La mujer parecía demasiado vieja para ser su madre, a causa de las venas azules en los párpados y del cuerpo pequeño, blando y sin formas, en un traje cortado como una sotana. Viajaba con la columna vertebral firmemente apoyada contra el espaldar del asiento, sosteniendo en el regazo con ambas manos una cartera de charol desconchado. Tenía la serenidad escrupulosa de la gente acostumbrada a la pobreza.

A las doce había empezado el calor. El tren se detuvo diez minutos en una estación sin pueblo para aprovisionarse de agua. Afuera, en el misterioso silencio de las plantaciones, la sombra tenía un aspecto limpio. Pero el aire estancado dentro del vagón olía a cuero sin curtir. El tren no volvió a acelerar. Se detuvo en dos pueblos iguales con casas de madera pintadas de colores vivos. La mujer inclinó la cabeza y se hundió en el sopor. La niña se quitó los zapatos. Después fue a los servicios sanitarios a poner en agua el ramo de flores muertas.

Cuando volvió al asiento la madre la esperaba para comer. Le dio un pedazo de queso, medio bollo de maíz y una galleta dulce, y sacó para ella de la bolsa de material plástico una ración igual. Mientras comían, el tren atravesó muy despacio un puente de hierro y pasó de largo por un pueblo igual a los anteriores, sólo que en éste había una multitud en la plaza. Una banda de músicos tocaban una pieza alegre bajo el sol aplastante. Al otro lado del pueblo, en una llanura cuarteada por la aridez, terminaban las plantaciones.

La mujer dejó de comer.

—Ponte los zapatos, dijo.

La niña miró hacia el exterior. No vio nada más que la llanura desierta por donde el tren empezaba a correr de nuevo, pero metió en la bolsa el último pedazo de galleta y se puso rápidamente los zapatos. La mujer le dio la peineta.

—Péinate, dijo.

El tren empezó a pitar mientras la niña se peinaba. La mujer se secó el sudor del cuello y se limpió la grasa de la cara con los dedos. Cuando la niña acabó de peinarse el tren pasó frente a las primeras casas de un pueblo más grande pero más triste que los anteriores.

—Si tienes ganas de hacer algo, hazlo ahora, dijo la mujer.—Después, aunque te estés muriendo de sed no tomes agua en ninguna parte. Sobre todo, no vayas a llorar.

La niña aprobó con la cabeza. Por la ventanilla entraba un viento ardiente y seco, mezclado con el pito de la locomotora y el estrépito de los viejos vagones. La mujer enrolló la bolsa con el resto de los alimentos y la metió en la cartera. Por un instante, la imagen total del pueblo, en el luminoso martes de agosto, resplandeció en la ventanilla. La niña envolvió las flores en los periódicos empapados, se apartó un poco más de la ventanilla y miró fijamente a su madre. Ella le devolvió una expresión apacible. El tren acabó de pitar y disminuyó la marcha. Un momento después se detuvo.

No había nadie en la estación. Del otro lado de la calle, en la acera sombreada por los almendros, solo estaba abierto el salón de billar. El pueblo flotaba en el calor. La mujer y la niña descendieron del tren, atravesaron la estación abandonada cuyas baldosas empe-

zaban a cuartearse por la presión de la hierba, y cruzaron la calle hasta la acera de sombra.

Eran casi las dos. A esa hora, agobiado por el sopor, el pueblo hacía la siesta. Los almacenes, las oficinas públicas, la escuela municipal, se cerraban desde las once y no volvían a abrirse hasta un poco antes de las cuatro, cuando pasaba el tren de regreso. Sólo permanecían abiertos el hotel frente a la estación, su cantina y su salón de billar, y la oficina del telégrafo a un lado de la plaza. Las casas, en su mayoría construidas sobre el modelo de la compañía bananera, tenían las puertas cerradas por dentro y las persianas bajas. En algunas hacía tanto calor que sus habitantes almorzaban en el patio. Otros recostaban un asiento a la sombra de los almendros y hacían la siesta sentados en plena calle.

Buscando siempre la protección de los almendros la mujer y la niña penetraron en el pueblo sin perturbar las siesta. Fueron directamente a la casa cural. La mujer raspó con la uña la red metálica de la puerta, esperó un instante y volvió a llamar. En el interior zumbaba un ventilador eléctrico. No se oyeron los pasos. Se oyo apenas el leve crujido de una puerta y en seguida una voz cautelosa muy cerca a la red metálica: "¿Quién es?". La mujer trató de ver a través de la red metálica.

—Necesito al padre, dijo.

—Ahora está durmiendo.

—Es urgente, insistió la mujer.

Su voz tenía una tenacidad reposada.

La puerta se entreabrió sin ruido y apareció una mujer madura y regordeta, de cutis muy pálido y ca-

bellos color de hierro. Los ojos parecían demasiado pequeños detrás de los gruesos cristales de los lentes.

—Sigan, dijo, y acabó de abrir la puerta.

Entraron a una sala impregnada de un viejo olor de flores. La mujer de la casa los condujo hasta un escaño de madera y les hizo señas de que se sentaran. La niña lo hizo, pero su madre permaneció de pie, absorta, con la cartera apretada en las dos manos. No se percibía ningún ruido detrás del ventilador eléctrico.

La mujer de la casa apareció en la puerta del fondo. —Dice que vuelvan después de las tres, dijo en voz muy baja. —Se acostó hace cinco minutos.

—El tren se va a las tres y media, dijo la mujer.

Fue una réplica breve y segura, pero la voz seguía siendo apacible, con muchos matices. La mujer de la casa sonrió por primera vez.

—Bueno, dijo.

Cuando la puerta del fondo volvió a cerrarse la mujer se sentó junto a su hija. La angosta sala de espera era pobre, ordenada y limpia. Al otro lado de una baranda de madera que dividía la habitación, había una mesa de trabajo, sencilla, con un tapete de hule, y encima de la mesa una máquina de escribir primitiva junto a un vaso con flores. Detrás estaban los archivos parroquiales. Se notaba que era un despacho arreglado por una mujer soltera.

La puerta del fondo se abrió y esta vez apareció el sacerdote limpiando los lentes con un pañuelo. Sólo cuando se los puso pareció evidente que era hermano de la mujer que había abierto la puerta.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Las llaves del cementerio, dijo la mujer.

La niña estaba sentada con las flores en el regazo y los pies cruzados bajo el escaño. El sacerdote la miró, después miró a la mujer y después, a través de la red metálica de la ventana, el cielo brillante y sin nubes.

—Con este calor, dijo. —Han podido esperar a que bajara el sol.

La mujer movió la cabeza en silencio. El sacerdote pasó del otro lado de la baranda, extrajo del armario un cuaderno forrado de hule, un plumero de palo y un tintero, y se sentó a la mesa. El pelo que le faltaba en la cabeza le sobraba en las manos.

—¿Qué tumba van a visitar? —preguntó.

—La de Carlos Centeno, dijo la mujer.

—¿Quién?

—Carlos Centeno —repitió la mujer.

El padre siguió sin entender.

—Es el ladrón que mataron aquí la semana pasada, dijo la mujer en el mismo tono. —Yo soy su madre.

El sacerdote la escrutó. Ella lo miró fijamente, con un dominio reposado, y el padre se ruborizó. Bajó la cabeza para escribir. A medida que llenaba la hoja pedía a la mujer los datos de su identidad, y ella respondía sin vacilación, con detalles precisos, como si estuviera leyendo. El padre empezó a sudar. La niña se desabotonó la trabilla del zapato izquierdo, se descalzó el talón y lo apoyó en el contrafuerte. Hizo lo mismo con el derecho.

Todo había empezado el lunes de la semana anterior, a las tres de la madrugada y a pocas cuadras de allí. La señora Rebeca, una viuda solitaria que vivía en una casa llena de cachivaches, sintió a través del rumor de la llovizna que alguien trataba de forzar

desde afuera la puerta de la calle. Se levantó, buscó a tientas en el ropero un revólver arcaico que nadie había disparado desde los tiempos del coronel Aureliano Buendía, y fue a la sala sin encender las luces. Orientándose no tanto por el ruido en la cerradura como por un terror desarrollado en ella por 28 años de soledad, localizó en la imaginación no sólo el sitio donde estaba la puerta sino la altura exacta de la cerradura. Agarró el arma con las dos manos, cerró los ojos y apretó el gatillo. Era la primera vez en su vida que disparaba un revólver. Inmediatamente después de la detonación no sintió nada más que el murmullo de la llovizna en el techo de cinc. Después percibió un golpecito metálico en el andén de cemento y una voz muy baja, apacible, pero terriblemente fatigada: "Ay, mi madre". El hombre que amaneció muerto frente a la casa, con la nariz despedazada, vestía una franela a rayas de colores, un pantalón ordinario con una soga en lugar del cinturón, y estaba descalzo. Nadie lo conocía en el pueblo.

—De manera que se llamaba Carlos Centeno, murmuró el padre cuando acabó de escribir.

—Centeno Ayala, dijo la mujer. —Era el único varón.

El sacerdote volvió al armario. Colgadas de un clavo en el interior de la puerta había dos llaves grandes y oxidadas, como la niña imaginaba y como imaginaba la madre cuando era niña y como debió imaginar el propio sacerdote alguna vez que eran las llaves de San Pedro. Las descolgó, las puso en el cuaderno abierto sobre la baranda y mostró con el índice un lugar en la página escrita, mirando a la mujer.

—Firme aquí.

La mujer garabateó su nombre, sosteniendo la cartera bajo la axila. La niña recogió las flores, se dirigió a la baranda arrastrando los zapatos y observó atentamente a su madre.

El párroco suspiró.

—¿Nunca trató de hacerlo entrar por el buen camino?

La mujer contestó cuando acabó de firmar.

—Era un hombre muy bueno.

El sacerdote miró alternativamente a la mujer y a la niña y comprobó con una especie de piadoso estupor que no estaban a punto de llorar. La mujer continuó inalterable:

—Yo le decía que nunca robara nada que le hiciera falta a alguien para comer, y él me hacía caso. En cambio, antes, cuando boxeaba, pasaba hasta tres días en la cama postrado por los golpes.

—Se tuvo que sacar todos los dientes, intervino la niña.

—Así es, confirmó la mujer. —Cada bocado que me comía en ese tiempo me sabía a los porrazos que le daban a mi hijo los sábados en la noche.

—La voluntad de Dios es inescrutable, dijo el padre.

Pero lo dijo sin mucha convicción, en parte porque la experiencia lo había vuelto un poco escéptico, y en parte por el calor. Les recomendó que se protegieran la cabeza para evitar la insolación. Les indicó bostezando y ya casi completamente dormido, cómo debían hacer para encontrar la tumba de Carlos Centeno. Al regreso no tenían que tocar. Debían meter la llave por debajo de la puerta, y poner allí mismo, si tenían, una

limosna para la Iglesia. La mujer escuchó las explicaciones con mucha atención, pero dio las gracias sin sonreír.

Desde antes de abrir la puerta de la calle el padre se dio cuenta de que había alguien mirando hacia adentro, las narices aplastadas contra la red metálica. Era un grupo de niños. Cuando la puerta se abrió por completo los niños se dispersaron. A esa hora, de ordinario, no había nadie en la calle. Ahora no sólo estaban los niños. Había grupos bajo los almendros. El padre examinó la calle distorsionada por la reverberación, y entonces comprendió. Suavemente volvió a cerrar la puerta.

—Esperen un minuto, dijo, sin mirar a la mujer.

Su hermana apareció en la puerta del fondo, con una chaqueta negra sobre la camisa de dormir y el cabello suelto en los hombros. Miró al padre en silencio.

—¿Qué fue? —preguntó él.

—La gente se ha dado cuenta, murmuró su hermana.

—Es mejor que salgan por la puerta del patio, dijo el padre.

—Es lo mismo, dijo su hermana. —Todo el mundo está en las ventanas.

La mujer parecía no haber comprendido hasta entonces. Trató de ver la calle a través de la red metálica. Luego le quitó el ramo de flores a la niña y empezó a moverse hacia la puerta. La niña la siguió.

—Esperen a que baje el sol, dijo el padre.

—Se van a derretir, dijo su hermana, inmóvil en el fondo de la sala. —Espérense y les presto una sombrilla.

—Gracias, replicó la mujer. —Así vamos bien.

Tomó a la niña de la mano y salió a la calle.

PREPARACIÓN DEL CUENTO

Introducción

La digna y enérgica estrategia empleada por una humilde mujer para obtener lo que ella necesita para cumplir su deber está desarrollada con magnífica intensidad en este cuento. Al mismo tiempo, todo el ambiente de un pequeño pueblo caribeño - el clima tropical, la agricultura dominada por grandes compañías, las intrigas y las luchas entre las varias clases sociales, la subyacente violencia que puede estallar en cualquier momento, nos sumerge en su mundo.

Gabriel García Márquez trabajó como periodista y su estilo sabe captar detalles tajantes y exactos. Al mismo tiempo entrelaza palabras inesperadas que golpean la imaginación y nos llevan mucho más allá de la simple narración. La acción del cuento se coloca en un pueblo colombiano pero el impacto emocional es universal. Es un ejemplo maravilloso del poder que unas pocas páginas pueden tener.

Aunque el drama de la acción es muy potente, es importante subrayar el tejido poético del texto durante la discusión; hacer que los participantes saboreen los contrastes como “las flores muertas”, “el ladrón...Yo soy su madre”, “Cada bocado...me sabía a los porrazos”, etc. Este cuento puede aclarar para nuevos lectores las diferencias entre un artículo de un excelente periodista y la obra dramática de un poeta.

Primeras impresiones del coordinador sobre el cuento

Aplicación del método: las cuatro categorías

Las notas que siguen son sólo sugerencias de cómo estudiar el texto. Después de leerlo, es importante que cada coordinador trabaje el texto por sí mismo utilizando las diversas categorías que integran nuestro método: poética, contrastes, sombras, temas. Luego debe formular preguntas que le sirvan de marco para la discusión utilizando nuestras sugerencias.

Poética

1. Palabras que anuncian lo que va suceder más tarde

   – " traje cortado como una sotana" (página 14, líneas 4-5); esto transforma a la mujer en alguien que podrá luchar de igual a igual con el sacerdote más tarde en el cuento

   – "las flores muertas" (página 14, línea 20); anuncia la tumba del hijo, aunque en este momento de la lectura no sabemos por qué la madre viaja, ni a dónde va

   – "flotaba en el calor" (página 15, líneas 30-31); al fin del cuento, la madre y la hija salen para cumplir su deber a pesar el sol no ha bajado todavía

2. Estilo policial: las cosas ocurren en momentos precisos

   – "eran las once de la mañana" (página 13, líneas 11-12);

   – "A las doce había empezado el calor" (página 14, línea 10);

   – "eran casi las dos" (página 16, línea 3);

   – "El tren se va a las tres y media" (página 17, línea 13)

3. Estilo periodístico: descripción detallada, visión exacta de un reporter

   – el interior de las casa, los vestidos de los personajes

4. Estilo cinematográfico

   – el flash back describiendo cómo la señora Rebeca mató al joven (página 18, línea 28 hasta página 19, línea 21)

5. La repetición de ciertas palabras actúan como señales de temas claves

   – "ventilador eléctrico" (página 16, línea 22; página 17, línea 9) se encuentra acoplado con gente más poderosa, más rica - los otros "flotan en el calor"

- “flores” (página 13, línea 23; página 14, línea 20; página 15, línea 22; página 20, línea 4; página 21, línea 25) ; esta repetición subraya el enfoque del cuento. La madre y la niña vinieron al pueblo sólo para esto, para depositar un ramo de flores sobre la tumba del hijo muerto.

6. La estructura dramática: los varios momentos de la lucha entre la madre y el párroco

   - primera victoria: la puerta del presbiterio se abre (página 16, línea 31)
   - segunda victoria: la hermana del párroco se da cuenta que tiene un adversario fuerte (página 17, línea 17
   - tercera victoria: “el padre se ruborizó” (página 18, línea 20)
   - cuarta victoria: el padre entrega las llaves (página 19, línea 30)
   - quinta victoria: la madre y la hija salen con su ramo de flores y las llaves del cementerio aunque el sacerdote pide que esperen (página 21, línea 31)

7. Combinación inesperada de palabras

   - “... la serenidad escrupulosa...” (página 14, líneas 8-9)
   - “ la sombra tenía un aspecto limpio”. (página 14, línea 13)
   - “ flores muertas” (página 14, línea 20)
   - “...tocaban una pieza alegre bajo el sol aplastante”. (página 14, líneas 28-29)
   - “...entraba un viento ardiente y seco mezclado con el pito de la locomotora”. (página 15, línea 17)
   - “El pueblo flotaba en el calor”. (página 15, líneas 30-31)
   - “ Su voz tenía una tenacidad reposada”. (página 16, línea 30)
   - “La voz seguía siendo apacible, con muchos matices”. (página 17, líneas 14-15)
   - “Es el ladrón.....Yo soy su madre”. (página 18, líneas 17-18)
   - “...un dominio reposado...” (página 18, línea 20)
   - “...un revólver arcaico...” (página 19, línea 2)
   - “Orientándose...por un terror...” (página 19, líneas 5-6)

- “...localizó en la imaginación...” (página 19, línea 8)
- “...piadoso estupor...” (página 20, línea 12)
- “Cada bocado...me sabía a los porrazos...” (página 20, líneas 21-22)
- “...la calle distorsionada por la reverberación... (página 21, línea 11)

Contrastes

1. Contraste entre el mundo de los ricos, de los poderosos y de los pobres

   - las “carreteras de bueyes cargadas de racimos verdes” se contraponen con

     “Al otro lado del camino ...había oficinas con ventiladores eléctricos, campamentos de ladrillos rojos y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas...” (página 13, líneas 7 - 11)

   - “La señora Rebeca, una viuda solitaria que vivía en una casa llena de cachivaches” (página 18, líneas 30-31) se contrapone con

     “El hombre...vestía una franela a rayas de colores, un pantalón ordinario con una soga en lugar de un cinturón y estaba descalzo”. (página 19, líneas 17-19)

   - El mundo bastante confortable y tranquilo de la parroquia contrasta con el mundo difícil, a veces violento de la madre y de sus dos hijos.

2. Contraste entre el calor que quema y la fuerza de la mujer

   Hay una oposición entre el sol aplastador y la tenacidad de la mujer. El cuento comienza con el tren que se abre camino a través del aire húmedo, caliente, y termina con la mujer que sale de la rectoría a la calle bajo un intenso sol. Se menciona mucho el calor, la atmósfera sofocante, la resistencia de la naturaleza. Incluso la naturaleza se convierte en símbolo de la opresión y el agobio que la mujer finalmente logra conquistar.

3. Contraste entre el lenguaje convencional y las palabras que expresan verdaderas emociones

   En la página 20 el padre emplea fórmulas convencionales: “¿Nunca trató de hacerlo entrar por el buen camino”? y “La voluntad de Dios es inescrutable” mientras que la madre habla

con palabras que vienen del corazón: “Era un hombre muy bueno”, “Yo le decía que nunca robara nada que le hiciera falta a alguien para comer, y el me hacía caso”.

4. Contraste visuales, imágenes evocadas

   Al final, la imagen de la madre vestida de negro que sale a la calle y que sabe lo que debe hacer, se contrapone a la muchedumbre inquieta, curiosa, amenazadora que se aglomera a mirar a través de las ventanas.

Sombras

1. Todo lo que sucede en la casa de doña Rebeca. ¿Qué es lo que ocurre realmente en esa casa? ¿Hubo un tentativo de robo? ¿A lo mejor no era sino un mirón?

2. ¿Por qué nunca se hizo una encuesta después de la muerte del joven?

3. En la escena final, la madre y la hija salen de la rectoría y se dirigen a la calle, ¿qué va a suceder inmediatamente después? ¿La gente se quedará en las ventanas mirando con curiosidad? ¿Habrá violencia? ¿Qué quiere decir: “La gente se ha dado cuenta...”? (página 21, línea 18); “El padre... comprendió” (página 21, líneas 10-12). ¿Qué es exactamente lo que comprende el padre?

4. ¿Por qué sonríe la hermana del padre cuando la madre contesta que no quiere esperar puesto que “el tren se va a las tres y media”? (página 17, línea 16)

5. El padre se ruboriza cuando la mujer le dice “Es el ladrón ...Yo soy su madre” (página 18, líneas 17-20). ¿Por qué se ruboriza? ¿Tiene calor? ¿Tiene vergüenza?

6. Ciertos personajes tienen nombres, la señora Rebeca, Carlos Centeno, Aureliano Buendía, pero otros como la madre, la niña, el párroco, su hermana, aunque juegan un papel muy importante, no tienen nombres específicos.

7. ¿Quién es Aureliano Buendía? (página 19, líneas 3-4)

8. No sabemos mucho sobre lo que la madre verdaderamente piensa o siente (fuera de lo poco que se dice acerca de esto en la página 20) aunque su comportamiento está descrito de una manera muy detallada.

9. ¿Cómo se enteró la madre de la muerte de su hijo?

Temas

1. Los pobres y los ricos

   El mundo parece estar hecho de dos tipos diferentes de gente, los acomodados y los menos afortunados

   Ejemplos:

   – la madre y su hija viajan en “el escueto vagón de tercera clase” (página 13, líneas 18-19);

   – los que dirigen las haciendas viven en lindas casas “con ventiladores eléctricos...y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas...”(página 13, línea 9)

   – la señora Rebeca tiene una casa llena de cachivaches mientras Carlos Centeno no tiene zapatos ni cinturón (página 18, línea 30 - página 19, línea 19).

2. ¿Qué es lo moral? ¿Qué es lo justo? ¿Para quién?

   – La señora Rebeca puede matar a alguien porque tiene miedo. A Carlos Centeno se le da sepultura el día siguiente, y ni siquiera se hace una investigación de los hechos.

   – Cuestionarios y varios papeles se guardan cuidadosamente en los archivos de la rectoría; sin embargo, no aparece allí información alguna sobre el asesinato que ocurrió en el pueblo.

   – El cura da una interpretación convencional de las situaciones trágicas; se refiere a ellas con fórmulas huecas y vanas: “Nunca trató de hacerle entrar por el buen camino”?; “La voluntad de Dios es inescrutable” (página 20).

   – La hora de la siesta se considera más importante que la súplica de una madre (página 17).

   – Carlos Centeno tuvo que ganarse la vida con el boxeo, luchando y probándose en competencias que le dejaron casi lisiado (página 20).

   – El único consejo moral que la madre entiende que le puede dar a su hijo es que no le quite nada a los muy pobres (página 20).

3. La violencia

   – La señora Rebeca mantiene un viejo revolver en su casa y lo usa para matar tan pronto oye un ruido que la asusta.

   – El público goza las partidas de boxeo donde se derrama la sangre.

- Una violencia algo disimulada reina en el cuento. Por una parte se describe un orden superficial, las haciendas bien manejadas, los pueblos iguales pintados de colores vivos, la hora de la siesta, la rectoría con sus archivos parroquiales pero por otra parte sabemos que han matado a un hombre hace poco.

- Parece que en el pueblo hay una violencia subyacente, medio escondida, que puede estallar fácilmente al final del cuento cuando uno se queda sin saber lo que "todo el mundo que está en las ventanas" va a hacer.

4. La lucha y el triunfo de la mujer sobre las fuerzas que se oponen a su deseo de cumplir con su deber de madre - su estrategia

   - Mantiene el equilibrio; se desentiende del calor, de la suciedad. Su vestuario, su manera de ser y de controlar su cuerpo subrayan su determinación:

   - "Viajaba con la columna vertebral firmemente apoyada contra el espaldar del asiento..."; " Tenía la serenidad escrupulosa de la gente acostumbrada a la pobreza"(página 14, líneas 5-9).

   - Enseña a su hija a conducirse igual que ella. Además le enseña cómo debe prepararse para no ceder ante ninguna necesidad física, y a esconder sus emociones para evitar una apariencia de debilidad : "Si tienes ganas de hacer algo, hazlo ahora...Después, aunque te estés muriendo de sed no tomes agua en ninguna parte. Sobre todo, no vayas a llorar". (página 15, líneas 12 -15).

   - Usa el lenguaje del cuerpo para dar a entender que no va a ceder, que no se va doblegar. Rehúsa sentarse (página 17, línea 7).

   - Usa un lenguaje muy efectivo; va directo al caso aunque lo hace de una manera correcta; pero en ciertos momentos sabe introducir palabras que estallan como bombas: "Es el ladrón...Yo soy su madre" (página 18, líneas 17-18).

   - Insiste en que a su hijo se le llame por sus dos apellidos, el del padre y el de la madre (página 19, línea 23) conquistando con eso su lugar y su importancia.

   - Sabe cuándo intercalar la nota emocional: "Era el único varón" (página 19, línea 24).

   - Y sabe cuándo recobrar la compostura: "Gracias...Así vamos bien" (página 21, línea 30).

5. Las obligaciones hacia los muertos. Los ritos del entierro.

   - La mujer del cuento considera que el deber sagrado de una madre es poner flores en la tumba de su hijo, de cumplir ese rito. Esta convicción le da las fuerzas para luchar y vencer dificultades que la sociedad le opone.

- El entierro secreto de Carlos Centeno sin ningún juicio hace pensar a otros “desaparecidos” y a crímenes políticos ocurridos en otros países.

6. Las varias alianzas políticas en un pueblo

   - La Iglesia parece proteger a la señora Rebeca, una persona rica y posiblemente poderosa.

   - No se sabe muy bien si la gente del pueblo se daba cuenta de lo que había pasado en la casa de doña Rebeca.

   - Posiblemente hubo una especie de acuerdo de callar, de mantener un silencio alrededor de un posible escándalo.

7. Las mujeres

   - La madre actúa con calma y valor. En la confrontación con el cura, aunque ella es pobre y de una clase social humilde, enfrenta al cura de igual a igual. Su estrategia para convencer al padre entreteje una determinación casi masculina con ciertas tácticas “femeninas” cuando empieza a compartir con el padre sus sentimientos, los recuerdos sobre los sufrimientos de su hijo.

   - La hermana del párroco es una “mujer soltera”, enteramente dedicada al cuidado de la parroquia y de su hermano. En un momento, al fijarse cuán determinada está la madre, sonríe, pareciendo sentir una empatía con ella, de mujer a mujer.

   - La señora Rebeca, una mujer rica, impulsiva , una viuda aislada “por 28 años de soledad” (página 19, líneas 6-7) actúa de una manera irracional y violenta puesto que está acostumbrada a que nadie la va a culpar.

   - La hija, silenciosa, está acostumbrada a obedecer a su madre que trata de inculcarle un estoicismo imprescindible para afrontar las dificultades de la vida.

8. La educación de los hijos

   - La madre ordena a la niña cómo debe comportarse pero también le enseña dándole el ejemplo con su propio comportamiento.

Notas del coordinador

LA SESIÓN : EL ENCUENTRO CON LOS PARTICIPANTES

Presentación del cuento al grupo

Lectura en voz alta

Algunas observaciones sobre el autor, el país, etc.

Gabriel García Márquez es un autor colombiano y el autor de la famosa novela Cien años de soledad (1967) traducida a 40 idiomas. Recibió el premio Nobel para literatura en el año 1982. Hoy día, sus obras se publican en ediciones populares y se venden a bajo precio en kioscos. Gabriel García Márquez nació en Aracataca, un pueblo pequeño de la costa de Mar Caribe y pasó sus primeros años con sus abuelos y sus tías. Las muchas historias, a veces algo fantásticas, contadas por ellos han influenciado su obra y su estilo que los críticos llaman con frecuencia "realismo mágico". García Márquez acaba de publicar el primer volumen de su autobiografía Vivir para contarla. "La siesta del martes" es parte de un conjunto de cuentos publicados bajo el título Los funerales de la mamá grande, (1962).

Vocabulario

Página 14		
Línea 5	sotana	vestido de cura
Página 17		
Línea 21	baranda de madera	barrera, división
Página 19		
Línea 3-4	Aureliano Buendía	es el nombre del abuelo de García Márquez y aparece en Cien años de soledad como alguien que participa en un pasado mítico de Colombia

Alternativas para la discusión

La discusión se puede abordar de diferentes maneras, pero siempre recordando que nuestro método va del texto a la gente y de la gente al texto utilizando las categorías: poética, contrastes, sombras y temas. Estas categorías no hay que utilizarlas en ningún orden especial, ni agotarlas antes de proceder con otra. Por otra parte, el coordinador debe pensar también en unas preguntas dirigidas a los participantes para ayudarlos a expresar cómo sienten el cuento en relación a su vida. La propia discusión va abriendo el camino para las preguntas. Muchas veces a pesar de habernos situado desde una estrategia, vemos cómo la discusión se desvía naturalmente de forma no planificada, pero igualmente válida. Cada sesión toma vida propia y es precisamente en esta flexibilidad que reside la vitalidad del programa.

Preguntas

Nota: P→poética C→contraste S→sombra T→tema V→vida

---

1. El cuento habla mucho del calor, del sol que quema pero también menciona varias veces que en ciertos lugares hay ventiladores eléctricos. ¿Dónde se encuentran los ventiladores, en qué tipo de casas? P T
2. ¿Les parece que en el cuento uno puede percibir varias clases sociales? ¿Las pueden nombrar? T
3. ¿Alguien de Uds. han vivido en el trópico? ¿En un pueblo de América Latina? V
4. ¿Por qué creen ustedes que es tan importante para la madre poner flores sobre la tumba de su hijo? ¿Es un deber, es un acto de amor? T
5. ¿Según Uds., qué ocurrió exactamente en la casa de doña Rebeca? (Se puede organizar una representación dramática de lo que pasó, pedir a unos participantes que recreen la acción) S T
6. ¿Alguno de Uds. jamás estuvo alguna vez cerca de una situación donde hubo sospecha de un crimen, de algo misterioso o turbio? V
7. Afuera del asesinato de Carlos Centeno ¿les parece que el cuento habla de otros tipos de violencia? ¿Qué les sugiere por ejemplo esta frase de la madre: “Cada bocado que me comía en ese tiempo me sabía a los porrazos que le daban a mi hijo los sábados en la noche” (página 20, líneas 21-23)? P T
8. La madre parece culpar las competencias de boxeo. ¿Van a veces a las luchas de boxeo? ¿Qué les parece, es simplemente un deporte? T V
9. ¿Cómo se preparan la madre y la hija para afrontar un territorio desconocido y hostil donde tendrán que luchar para conseguir lo que necesitan? T P

10. También se habla de varias confrontaciones - entre el calor y la madre y su hija, entre la madre y el padre. ¿Pueden nombrar los varios momentos de la lucha con el párroco? ¿Cómo empieza, cómo termina? ¿Pueden Uds. percibir las etapas de la victoria de la mujer sobre el párroco? (Ayudar con unas citas. Ver la parte "estructura dramática" en Poética). P T C
11. ¿Les parece importante la insistencia de la madre sobre el doble nombre de su hijo? ¿Por qué insiste en nombrarlo así? T
12. ¿Cómo eran las relaciones entre la madre y el hijo? ¿Se entienden? ¿Juzgaba la madre la vida que llevaba su hijo? S T
13. ¿Por qué en un momento de la conversación con la madre, se ruboriza el padre? (Releer página 18, líneas 19-20) S
14. ¿Jamás tuvieron que confrontar o tratar de convencer a una persona más poderosa que ustedes? ¿Cómo se sintieron? ¿Qué estrategia adoptaron? V
15. ¿Por qué el padre emplea unas fórmulas convencionales frente a una madre que ha perdido su a hijo? T P C S
16. ¿Y la madre, cómo le habla al párroco para tratar de convencerlo de darle la llave? P C
17. ¿Jamás han empleado palabras fuertes o lo que se llaman malas palabras para subrayar su punto de vista, para crear un ambiente que obliga a su interlocutor a prestar atención? V
18. En la página 17, línea 25 uno encuentra la frase "Se notaba que era un despacho arreglado por una mujer soltera". ¿Qué quiere decir el autor? Según Uds. ¿qué tienen que ver el matrimonio y el arreglo de la casa? S T
19. Gabriel García Márquez es un escritor que maneja el lenguaje de una manera muy poética; acopla palabras de una manera inesperada, lo que sorprende, crea momentos dramáticos, y estalla la imaginación. Por ejemplo ¿qué les sugiere "flores muertas" (página 14, línea 20), "cada bocado...me sabía a los porrazos...(página 20, línea 21), "la sombra tenía un aspecto limpio" (página 14, línea 13.) P V
20. Cómo termina el cuento? Según Uds. ¿qué va pasar? ¿Les recuerda algo del Evangelio? S P

Notas del coordinador después de la sesión

SUGERENCIAS PARA FUTURAS LECTURAS

Gabriel García Márquez, Los funerales de la mamá grande, México: Universidad Veracruzana,1962

Gabriel García Márquez, El coronel no tiene quien le escriba, México : Ediciones Era, 1966

Gabriel García Márquez, Cien años de soledad, Madrid: Espasa-Calpe, 1990, 11.ed.

Gabriel García Márquez, Crónica de una muerte anunciada, Bogotá : Oveja Negra, 1981.